

TERCER DOMINGO

**celebramos y aclamamos
a Jesús real e histórico viviente,
personaje central de la eclesía,
después del juicio final.
Comienzo, arjé, de la fe apostólica,
con Jesús, el viviente, hoy.
Domingo de la aparición a Pablo**

1. Jesús, hoy, como El Viviente, en la eclesía, en el presente y futuro que construimos con él.

La atención de la fe apostólica no se queda fija en el bautismo de Jesús en el Jordán, ni en la Transfiguración en el monte Tabor. Jesús, con toda la compasión que irradia en su vida pública está toda viva y radiante en Jesús como El Viviente, que es el personaje principal de la eclesía. Nuestro Señor Jesús el Cristo.

Si la atención de la fe apostólica no se queda anclada en el pasado, mirando al Jesús terreno, la fe actual de nuestra eclesía tampoco se queda en el pasado sino en nuestro presente y en la tarea de transformar esta historia que protagonizamos en nuestro entorno social.

Ni la fe apostólica ni nosotros permitimos convertir nuestra fe en una religión basada en manifestaciones divinas en tiempos remotos; en el pasado mitificado por la religión. No aceptamos con el hombre premoderno ni las mitificaciones, ni los relatos religiosos ni el mundo de simbolismos arquetípicos, según la cuarta tendencia que hemos analizado. No le apostamos a una religión bien organizada sino a Jesús vivo con nosotros.

Dios se revela en Jesús, allá en Galilea donde empezó la cosa, y ahora se revela en todas las aclesías de la fe apostólica, y lo revela a través de nuestra eclesía. Jesús sigue revelando al Padre y Madre Dios, en la historia de hoy, a través de nuestra eclesía de varones y mujeres, todos humanos nacidos de mujer como Jesús, ahora viviente.

Nuestra mirada religiosa no se clava en el pasado sino en el presente del Viviente y en el futuro que está edificando con nosotros. Jesús decide no identificarse con ninguna figura determinada. En cambio, los humanos intentamos siempre identificarlo con figuras determinadas como modelos o paradigmas convertidos en insignias o mandatos religiosos, relatos religiosos o mitos. Jesús se hace El Viviente, para Pedro, o para su madre María, para María Magdalena, o el Discípulo Amado. Ahora El Viviente Jesús autoriza una sola aparición: la eclesía.

La cristiandad siguió el impulso natural de nuestra curiosidad, definiendo primero quién es Jesús, como segunda persona de la Trinidad Santísima, y quién es en la tierra el Niño Dios, con todo lo que nos interesa saber de él como persona divina que actúa en la tierra.

La fe apostólica, por el contrario, no sabe nada de esos tiempos desconocidos. Solo le consta que Jesús es un hombre verdadero, del acervo genético de Israel. Jesús es un hombre que tiene que pertenecer a una familia, a una tribu, a una cultura determinada, como todos los mortales. Y a esa persona humana concreta e inconfundible, rasgando el cielo, Dios la señala, y nos anuncia que es Hijo querido para él, el título insuperable de una alteridad humana para la Divinidad.

Los grandes maestros de la fe apostólica nunca supieron nada de los evangelios de la infancia. Desconocían la teología de los misterios del rosario, tan querida de todos los santos de la cristiandad..Esto lo comprendimos en la fiesta del primer domingo del año. En este Tercer Domingo del año, queremos vivir nuestro encuentro con El Viviente, como lo vivieron los discípulos.

Estos maestros de la fe apostólica saben dos cosas de Jesús que murió crucificado, de acuerdo con el final de Marcos 16,1-9

1: El sepulcro lo encontraron vacío el sábado.

2. Jesús está vivo para los que tienen fe, es El Viviente.

Los maestros de la fe apostólica saben que Jesús ya no es el Jesús histórico, que terminó en el sepulcro, como todos los hombres que van al sheol. Jesús, ahora, es El Viviente, protagonista principal de la eclesía. El Padre en la epifanía del Jordán nos ordenó: «*Escúchenlo a él.*» Lo escuchamos ahora, en la tierra con todo lo que escribieron los apóstoles y discípulos, como El Viviente, personaje central de la eclesía.

2. La fe apostólica desconoce las apariciones del resucitado: no sabe la teología de los misterios del rosario

Los maestros de la fe apostólica no saben nada de las apariciones del resucitado. No saben que Jesús se ausentó de la tierra y está sentado a la derecha del Padre, y dejó sucesores. Nunca supieron nada de los misterios gozosos del rosario, ni de los misterios gloriosos.

Las tres bases de la fe cristiana de nuestro pueblo, los misterios del rosario, fueron algo desconocido para los maestros de la fe apostólica. De ahí que tenemos razón en volver de nuevo a la fe de los apóstoles, y en obedecer a la gran orden del Vaticano II, a la Iglesia universal y a todas las Iglesias: «*Volver a las fuentes.*»

Sin duda, los misterios dolorosos, la pasión del Señor, son tema central de la fe de los apóstoles. La diferencia está en su interpretación fundamental. La cristiandad ve el sufrimiento de Cristo como el sacrificio expiatorio que Dios exige como condigna satisfacción por nuestros pecados, ante el Dios justo. Dios se complace en el dolor. «*Por su dolorosa pasión ten misericordia de nosotros y del mundo entero.* Como dice la cristiandad»

En cambio, la fe apostólica desconoce esa interpretación, y ve en la cruz, la revelación del amor. «*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su propio hijo: me amó y se entregó por mí.*» Y Jesús muere para mostrarnos que no busca salvar su vida sino dar la vida salir adelante con el camino triunfante de la compasión.

Jesús cambia el gen egoísta del interés personal, por el gen divino que nos invita a darlo todo, todo, hasta la muerte, para hacer felices a los hermanos. El bautismo es un morir con Cristo para expresar el amor a los hermanos, y ser resucitados por Dios gratuitamente.

3. Fe en El Viviente, fe en la resurrección de Cristo.

Releamos con toda atención el final de Marcos 16,1-9, en el año 65, con la fe apostólica.

Jesús no resucitó el domingo. Pasado el sábado de descanso obligatorio, las mujeres, sin María, la madre, van al sepulcro a ungir a Jesús, y no lo encuentran. No se dice que resucitó al tercer día: este momento no es parte de la formulación de la fe original.

Las mujeres son las que viven como experiencia originaria la fe apostólica: Tienen la absoluta convicción, como interpretación del sepulcro vacío encontrado el domingo, de que los discípulos deben volver a Galilea donde Jesús, a encontrarse con él, que está vivo, es El Viviente. El mismo que fue reconocido por el Padre que rasga el cielo, es el que dejó el sepulcro vacío, al morir, y está vivo. Jesús, identificado el primer domingo de enero, como el Hijo querido del Padre, el invisible, sigue vivo como lo celebramos en este tercer domingo del año.

Lo que sabe la fe apostólica es que Jesús, bautizado por Juan Bautista y declarado hijo de Dios por el Padre, está vivo con la vida eterna que Dios le da. La cosa empezó en Galilea, y terminó en Galilea y en la vida de cada eclesía de discípulos que creen en el Viviente. Esta es la fe apostólica. Y lo que Jesús hizo en Galilea, lo sigue haciendo el Jesús Viviente y activo hoy, que es Jesús a través de la eclesía que es su cuerpo vivo.

4. La aparición paradigmática del resucitado, en la fe apostólica. Pablo.

El primer maestro de la fe apostólica nos habla del viviente en el final de Marcos 16,1-9.

El segundo maestro de la fe apostólica es Pablo, y de él tenemos el único testimonio de la resurrección de Jesús contado por el mismo protagonista. Los demás son narraciones de las apariciones, elaboradas mucho tiempo después de la muerte de Pablo, y contadas por otros educados en la fe por los discípulos.

Y Pablo no ve nada, porque se queda ciego y tiene que ser llevado de la mano. Pero empieza su relación con El Viviente. Esa es la fe de los apóstoles hasta los años 80. Nadie ha visto al resucitado. Lo han sentido presente y tienen la convicción absoluta de tenerlo como interlocutor, pero no creen porque tocaron o vieron hechos históricos reales.

Pablo con la fe apostólica se relaciona con el viviente, pero no ve nada. deslumbrado y enceguecido por un resplandor. Escucha: *«Yo soy Jesús a quien tu persigues»*. Jesús el perseguido por Pablo, no es un ángel del cielo, sino unos grupos de cristianos perseguidos por Pablo de Tarso, un judío ortodoxo.

Esta es la revelación fundamental de la fe apostólica: Jesús es el grupo de discípulos seguidores de Jesús Viviente ahora, pero que es el mismo que vivió en Galilea. El Jesús de la historia es el Jesús Viviente que habla con Pablo. Somos el Jesús de la historia Viviente hoy en el Cristo de la eclesía. Por eso Pablo tiene la convicción absoluta de que Jesús hoy es la eclesía. Es su cuerpo real en la historia que estamos construyendo.

Juan lo dice con la misma convicción; ustedes son las ramas, y yo soy el tallo. Ambos elementos formamos una sola unidad biológica: somos la vid entera y completa, ramas y tallo. Somos una realidad biológica indisoluble.

1. La primera aparición del Resucitado como hecho histórico narrado por los protagonistas

La primera aparición que circuló en las comunidades cristianas, por los años 40, fue el relato de la aparición del Resucitado a Pablo, el perseguidor de los discípulos. Es la única aparición narrada por su protagonista, Pablo de Tarso, con acompañantes, testigos de la aparición del Resucitado. Pablo dice que se le apareció el Señor, que estaba vivo, *«se dejó ver de Pablo,»* pero éste no lo vio, porque, deslumbrado por un resplandor, se quedó ciego y tuvieron que llevarlo de la mano. Son testigos de l Resucitado, pero nunca vieron al Resucitado.

Pablo no ve, pero escucha: *«Saulo, Saulo, por qué me persigues?»* Pablo pregunta: *¿Quién eres tú, Señor?,* y recibe esta respuesta: *«Yo soy Jesús a quien tu persigues.»* Pablo no ve la forma humana de Jesús, pero ve a sus hermanos en la comunidad de Damasco, y los abraza como a Jesús. Son el cuerpo de Jesús, y Pablo vislumbra que debe hacerse todo para todos. Ahí está la originalidad de Pablo y de la fe cristiana: la fe se confiesa en el amor fraterno.

Fuera de los relatos de Hechos de los Apóstoles, Pablo habla de su experiencia originante en 1Cor 15,8-11; 1 Cor 9,1; Gál 1,13-23; Flp 3,5-14. Las referencias sobre esta experiencia están tomadas de textos autobiográficos.

Pablo comprendió que con esa sensación de Jesús vivo recibió una *«gracia;»* *«ha sido alcanzado»* por Cristo Jesús; *«ha descubierto el poder de su resurrección;»* se le está revelando el misterio que se encierra en Jesús; le consta que vive *«la revelación de Jesucristo.»*

Pablo, en la vocación camino de Damasco, se siente arrebatado por Cristo, se incorpora a la comunidad como cuerpo de Cristo resucitado, guiado por un tal Ananías, y confiesa *«Ya no vivo yo. Es Cristo quien vive en mí»* (Gál 2,20).

Pablo es testigo de la resurrección sin haber visto nada: ha sentido, ha oído, ha experimentado la presencia de Cristo y vislumbra todo el contenido de la fe cristiana, pero en las nuevas relaciones con la comunidad cristiana de Damasco, en una iglesia, en una comunidad obediente a Jesús. Esta es la fe apostólica y no otra.

La lista de personas que Pablo traía para encarcelar es ahora la lista de sus amigos en Cristo: esas nuevas relaciones son la presencia del resucitado en la tierra. Pablo, un judío comprometido con el Dios que salva por sus preceptos, tiene apuntados algunos nombres de cristianos que debía apresar en Damasco, por no cumplir la ley. Ahora comprendió que el ser divino, Jesús, se identifica con la comunidad cristiana de Damasco.

Ese ser divino no le explica las cosas, no le habla: le hablarán unos miembros de la comunidad que le cuentan todo lo que sabían de Jesús terreno. Pablo ha sido educado para recibir la revelación de Dios por medio de los poderes de este mundo. Jesús muere a esos poderes. Y Pablo descubre que debe morir a los poderes de este mundo para vivir la experiencia del Dios de Jesús: debe renunciar a sus métodos.

Pero Pablo no sufre para satisfacer la cólera divina sino para continuar con la compasión de Jesús hacia sus hermanos, como fuerza del amor original divino. Debe cambiar su intención de encarcelar a quien no cumple los mandamientos de Dios, por el deseo de hacerles el bien, aun yendo contra la ley.

El Viviente le habla a Pablo a través de los hermanos. En la comunidad cristiana sabrá Pablo qué debe hacer: ahí estará la iluminación del Viviente Resucitado. Está fundada la Iglesia santa, la eclesía de los elegidos, santos y amados de Dios: *«No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.»*

5. El Viviente se verifica en el amor fraterno

Pablo no se queda embelesado en el encuentro personal con Jesús celestial resucitado, como lo presentan los relatos del Resucitado. Se queda embelesado, absorto y confirmado en la fe, en la eclesía de Damasco, donde se encuentra con el Mesías Jesús. Los que tiene Pablo anotados para detenerlos y castigarlos son Cristo Jesús. Pablo con ojos nuevos, ve asombrado a Cristo resucitado en ese grupo de disidentes que no cumplen la ley, y que él buscaba para encarcelar y castigar por no cumplir la ley santa de Dios.

Ahí está la síntesis de la predicación y de todos los escritos de Pablo, que nos siguen embelesando. Lo primero que experimentó Pablo es que la fe cristiana se verifica en el amor de unos hermanos. La fe es inseparable del amor fraterno de la eclesía, y en él se verifica y se confiesa.

Resaltemos este punto: A Dios, y a Jesús resucitado que entra en este mundo divino, es imposible verlo para el hombre mortal, pues no podemos ver a Dios inmortal e invisible, y seguir con vida. El hombre, como Jesús, es mortal y visible, y Dios es invisible.

El hombre moderno necesita con urgencia este dato de la fe: Dios abarca y anima el mundo del espacio-tiempo que tiene trece mil setecientos millones de años luz. Todo ese universo se sintetiza en Jesús muerto para darnos vida. No pensemos que ver a Dios es como ver una persona muy importante de este mundo: tenemos a la vista el espacio-tiempo del universo, y ahí está Dios actuando, y Jesús síntesis del mundo, es la visibilidad de Dios. Dios es visible solo como Trinidad Santa de la eclesía.

El segundo mandamiento de Moisés, *«no te harás imágenes de Dios,»* nos prohíbe imaginar a Dios, ver a Dios, en formas de este universo.

Nosotros como cristianos construimos imágenes de Dios y las queremos imponer, bajo pena de condenación, a otros hombres y culturas, y así hacemos imposible la misión de la Iglesia en el mundo.

Somos expertos en fabricar ídolos. La verdadera imagen de Dios es Jesús terreno, un cuerpo social, una planta como unidad biológica plural; la vid, tallo y sarmientos. La teología debe ser una antropología del Padre de Jesús, pero una antropología de comunión y no de individualismo.

Vale la pena seguir reflexionando sobre esta aparición del Resucitado a Pablo, que es la que mejor conocemos en su realidad histórica, para intuir el significado de las apariciones que se fueron narrando y elaborando después del año 80.

Los apóstoles y discípulos trabajaron durante cuarenta años, del año 30 al 70, y murieron dejando la fe apostólica establecida y difundida por el mundo

conocido, sin necesidad de las narraciones de apariciones del Resucitado, y sin necesidad de las narraciones de la infancia.

Los cristianos creían en la resurrección de Jesús, y eran sus testigos, porque experimentaban al Resucitado en las narraciones del compartir la comida y la amistad con el Jesús terreno. La fe apostólica se concentraba en la eclesía como experiencia del resucitado, El Viviente.

La pastoral de la cristiandad tenía unos focos deslumbrantes, totalmente distintos. como:

1. La Navidad con los relatos de la infancia. Los misterios gozosos.
2. El santo sacrificio del Calvario como víctima expiatoria ante el Dios justo. Los misterios dolorosos.
3. La resurrección según las apariciones del Resucitado. Misterios gloriosos
4. El santo sacrificio del altar, por la transustanciación.
5. La devoción a María la madre de Dios, con los misterios del rosario. Y estos cinco focos no son los focos centrales de la fe de los apóstoles antes de su muerte, antes del año 70.

6 Primeras fuentes de la fe cristiana, que podemos leer hoy

Por el año 70 poseemos un «*catecismo*» completo de la fe apostólica en las extensas cartas de Pablo, en el evangelio que se atribuyó más tarde a Marcos, y los otros sinópticos, en la carta a los Hebreos y en textos de la comunidad del discípulo amado.

En el escrito atribuido a Marcos se resume la fe en Jesús hijo de Dios, la fe cristiana, sin las apariciones del Resucitado, y sin los relatos de la infancia de Jesús. De modo que Pablo y los apóstoles y discípulos murieron sin considerar como esenciales para la fe los datos fundamentales de la infancia de Jesús y los relatos de las apariciones del Resucitado.

De la infancia de Jesús, *Pablo* define como básico e indispensable para la fe cristiana, el que Jesús nació de una mujer y es hombre mortal y visible, frente a Dios que es eterno, inmortal e invisible. Es que un ser humano nace de una mujer, si no, no es humano. Y Hebreos, por el mismo tiempo, afirma que nuestro Redentor no puede ser un ángel o ser divino bajado del cielo: tiene que ser de nuestra misma carne y sangre. «*Dios jamás le dijo a un ángel, hijo mío eres tú.*» La fe nuclear afirma que Jesús es descendiente de David.

Y de las apariciones del Resucitado considera indispensable creer no solo que Jesús fue resucitado por el Padre, como puede creer un judío, sino que el cristiano es asumido por Cristo vivo y glorioso, sin ver nada con los ojos de la carne, mas que a sus hermanos y hermanas en la eclesía.

El encuentro con Jesús glorioso es inseparable del encuentro con los hermanos de comunidad. Ellos son el cuerpo visible del Resucitado, como fue para Pablo la comunidad de Damasco: «*Ellos te dirán en mi nombre lo que debes hacer.*» El encuentro personal con Jesús resucitado puede ser engañoso como el encuentro personal con Dios. Un dios de bolsillo, un Jesús de bolsillo.

7. La fe cristiana es la fe en Jesús de Nazaret, como Mesías y como expresión en la historia de la compasión del Padre y Madre Dios.

Una observación trascendental para la teología es que la fe cristiana no nace de ver al resucitado como prodigio asombroso, que Dios hace al levantar a un hombre del sheol a la vida. Como cuando Jesús resucitó a Lázaro, y todos los curiosos fueron a Betania a conversar con él y sus hermanas.

Cuando creemos, con fe moderna y existencial, en Cristo muerto y resucitado tenemos el peligro de seguir con la fe judía, la fe de Abrahán que mata al hijo porque le cree a Dios que habla y pone una prueba terrible. Como el pueblo judío, adoramos a Dios que se revela por los milagros y prodigios de la historia de salvación, y por el mayor de los milagros, la resurrección corporal de Cristo. Así lo aprendí yo en un tremendo volumen que se conocía como La Apolgética, para sexro de bachillerato.

Cuando confesamos la muerte y resurrección de Cristo, el kerigma, creemos en Jesús que baja al sheol como todos los hombres al morir, pero es Resucitado por el poder de Dios como milagro asombroso, como desquite de Dios en favor del justo: el justo ha vencido siempre, por el poder de Dios. Y lo creemos porque lo vieron los discípulos, lo tocaron y comieron con él como los amigos de Betania comieron con Lázaro. Y mejor aún porque con la resurrección de Cristo por su propia virtud y poder se confirma la divinidad de Jesús, de modo irrefutable. Última Palabra. Y es el kerigma que se predica en nuestros templos.

Como Eliseo vio subir al cielo al profeta Elías en un carro de fuego. Es creer en actos de poder y en la manifestación de la gloria de Dios de los ejércitos, que entra por los ojos en evidencias carnales. Los que conversaron con Lázaro resucitado tuvieron fe en Dios poderoso, pero no tenían la fe cristiana. Como nuestros judíos actuales que creen en Jesús resucitado y llevado al cielo, como lo creen de Elías. Así me lo manifestaron en una reunión en el Celam, con 35 rabinos de toda América.

En cambio, la fe cristiana de los discípulos nace y se educa viendo a Jesús terreno expresar en todos sus actos la compasión de Dios Padre y Madre. En todo lo que Jesús dice y hace se va narrando, ante los ojos y el corazón embelesados de los discípulos, toda la teología narrativa, o, mejor dicho, la teología como antropología histórica del Padre de Jesús.

Solo el amor es digno de fe; pero Jesús parece decirnos que solo el amor humano de un hombre con otro. Creemos en quien nos ama como ama el ser humano más digno y divino. Le creemos a la vida de compasión de Jesús, mirándolo a él, sin ver a Dios infinito, fuego devorador, inabarcable, invisible e inmortal. A Dios nadie lo ha visto jamás; de él no se dispone. En Jesús se nos hace visible el Dios que es amor y nos abraza en su amor de Padre y Madre, en la iglesia santa.

Por eso, los discípulos deben *volver a Galilea* a repasar toda la narración de la compasión de Dios en las acciones de Jesús, ubicadas en el tiempo y en la geografía. El Jesús real e histórico que se desplazaba por Galilea es el Cristo de la fe. Jesús iba narrando el amor del Padre en su relación de humano con los necesitados, y los ponía a soñar en Dios, a intuir al Padre y Madre divino. En la compasión de Jesús, los discípulos sintonizaron con una antropología del Padre. Jesús terreno es Dios humanizado. Es Dios hecho humano en la compasión, y Dios es el inmortal. La humanidad y dulzura de Dios es Jesús.

8. Capítulo 21 de Juan

Los discípulos volvieron a Galilea, con la certeza de que Dios estará con Jesús más allá de la muerte, pero en Galilea.

Un grupo de ellos reasumió las faenas de pesca, según Juan 21, y Jesús se hace sentir de ellos. Este es el núcleo histórico de todo este capítulo 21 de Juan.

Este capítulo es una pedagogía sobre las comunidades y sobre la confesión de amor de Pedro, réplica de las comunidades de Juan a la confesión de un mesianismo de poder. Mientras realizaban su trabajo juntos, renovando la fe en el maestro con el que convivieron dos años, tuvieron la absoluta evidencia y la sorpresa inefable de que Jesús estaba vivo con ellos.

Como a los de Emaús, al reunirse y compartir la comida recordando al Jesús histórico, se les quemaba el corazón por la presencia de Jesús vivo.

9. ¡Dios lo ha resucitado!

Ahora tratemos de imaginar lo que pasó en los discípulos. Como es natural, el prendimiento de Jesús estremece a los discípulos, y por desconcierto huyen a Galilea, pues se imaginan que, destruido el cabecilla, las autoridades han de buscar a los seguidores. El hecho evidente es que no estuvieron en el entierro del maestro. Unas mujeres miran de lejos. Un conocido compasivo entierra a Jesús.

Después regresan a Jerusalén, se juntan con otros discípulos y discípulas y pregonan: *Jesús está vivo. Dios lo ha resucitado.* Esta convicción es para ellos indestructible. En Jerusalén todos los discípulos son unánimes en la misma certeza: *«La muerte no ha podido con Jesús; el crucificado está vivo. Dios lo ha resucitado.»* Toda la vida de Jesús desbordante de compasión es la vida de la bondad de Dios en la tierra. Ese Jesús compasivo preocupado por dar la felicidad a todos los necesitados de ella, tiene la aprobación total de Dios. Dios tiene vivo a Jesús, aquí y ahora, en la iglesia, y Jesús no revela a Dios por obras de los poderes humanos sino solo con la compasión.

Esta fórmula se va repitiendo por los años 35 a 40, lo mismo que otras. *«Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos.»* En la carta de Pablo a los Romanos: *«Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás»* (10,9). Pero Jesús demuestra su señorío solo en una iglesia.

10. Diversos lenguajes para una realidad inabarcable

Todos los discípulos tienen una convicción indestructible: Jesús está con Dios, como lo vio Esteban, a la derecha de Dios (Hech 7), pero lo invisible lo describen con diversos lenguajes.

Expresan la fe en el amor fraterno como credo básico y forma de expresarla con los sentidos. Jesús está vivo con el Padre y permanece presente en medio de los discípulos congregándolos a su alrededor como iglesia.

Las comunidades usan diversas formas literarias para expresar lo invisible: *«Despertar»* al dormido en el sueño del sheol en que está sumido, *«levantar»* o *«poner de pie, resucitar»* al que está acostado en el polvo del sheol. Dios baja al país de la muerte, de oscuridad, de la inconsciencia y del sueño eterno: el *«shabat»* eterno: el descanso eterno, del *«sheol»*, Dios *«ha despertado»* a Jesús, el crucificado, lo ha puesto de pie y lo *«ha levantado»* a la vida.

Esa es la fe inmovible e indestructible de los discípulos, aunque no puedan ver ni comprobar nada con los ojos de la carne, sino la convivencia amorosa de la iglesia. . En el origen de la fe siempre subyace la actuación amorosa de Dios, su Padre, a lo largo de toda la vida de Jesús. Al resucitado lo han visto por más de dos años caminando por Galilea.

Matías es asociado a los once *como testigo de la resurrección*. Y no se dice que es testigo del resucitado porque ha participado en las apariciones, lo que comprueba que Pedro no conoce los relatos de las apariciones. Matías y su compañero pueden ser testigos del resucitado porque convivieron con Jesús y sus discípulos, desde el bautismo de Juan hasta la muerte del Maestro. Para ser testigo del Resucitado la condición es haber compartido con el Jesús terreno. (Hech 1,21-22). El es el Resucitado.

El primer texto del Nuevo Testamento, que ha llegado hasta nosotros como fue escrito en el año 50, dice: *«Si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron con Jesús»* (1 Tes 4,14). No trae Pablo el argumento más convincente: Jesús se les apareció a las mujeres y a los discípulos. El Jesús en el que hay que creer es en el Jesús mortal, visto por todos, que convivió con sus discípulos, murió para mostrar la compasión. y resucitó, invisible en el mundo del Dios inmortal e invisible. Esteban lo ve junto a trono de Dios.

En los himnos primeros se dice que Dios *«ha exaltado»* a Jesús, *«lo ha elevado a su gloria,»* lo *«ha sentado a la derecha de su trono,»* y lo *«ha constituido como Señor.»* Tenemos entonces: *asunción de Cristo por el Padre*, ascensión al cielo, entronización a la derecha del Padre, como Señor. Son típicos los himnos, anteriores a Pablo, que encontramos en Flp. 2,6-11, y el de 1Tm 3,16, lo mismo que en fragmentos de origen himnico, como Ef 4,7-10 o Rm 10,5-8.

El hecho único que vivió Jesús apenas muerto fue el abrazo de infinito gozo con el Padre Dios. Este hecho de estar en la gloria para Dios lo vivían y lo compartían las comunidades en la fe de Jesús, y lo fueron formulando con diversos lenguajes. 1º. *«Resucitar,»* 2º. *«ser exaltado,»* 3º. *«ser subido al cielo,»* 4º. *«ser glorificado,»* 5º. *«ser sentado a la derecha de Dios,»* *«El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, a quien ustedes mataron colgándolo de un palo. A este, Dios lo ha exaltado a su derecha como Jefe y Salvador»* (Hech 5,30-31).

11. La Buena Noticia es lo que viven en la iglesia o comunidad obediente a Jesús, como acontecimiento de relaciones humanas.

Esta confesión de fe apostólica, muy importante, en el año 55/56, está en la carta de Pablo a la comunidad cristiana de Corinto, y es la misma que él les ha enseñado en su visita hacia el año 51: esa *«Buena Noticia»* es *«lo que los está salvando,»* porque la viven en la comunidad. Esta «noticia» no es una invención de Pablo, ni es una palabra simbólica sino un acontecimiento comunitario; es una enseñanza práctica que él mismo ha recibido, y que ahora transmite con fidelidad, junto a otros predica-dores de gran prestigio, que viven y anuncian la misma fe: *«Les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado, y que*

resucitó al tercer día, según las Escrituras, que se dejó ver a Cefas y luego a los Doce...» (1 Cor 15,3-5).

Hemos revivido el eje central de la fe de los apóstoles: Jesús como un hombre obrero de Nazaret en Galilea, y como Hijo muy amado de Dios, que tiene en él todas sus complacencias, y que está convocando unos amigos y está ejerciendo la compasión, ahora.

Esto lo hemos meditado en el Bautismo y en la transfiguración. Y este Jesús es hoy el viviente que reina en la iglesia. Jesús terreno sigue vivo en la iglesia. Es lo fundamental de la fe apostólica.

Otro resumen. Al tercer día, el joven dijo: Jesús ha resucitado

«¿Resucitó al tercer día, según las Escrituras?»

Marcos (16,1-3) narra lo acontecido como lo pudieron saber los apóstoles y discípulos, cuando Pablo murió, por los años sesenta: *« Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y María la de Salomé fueron al monumento, y no vieron a nadie sino a un joven, que dijo: Ha resucitado.»* No dice *«al tercer día resucitó»* sino al tercer día dijo el joven: *«Jesús ha resucitado.»* Jesús no estuvo muerto tres días y luego fue resucitado.

Algunos investigadores recuerdan que, según la mentalidad judía, un difunto está de verdad muerto *«después de tres días.»* Lázaro llevaba cuatro días, y ya no resucita.

Ya en el lenguaje antiguo de los profetas el *«tercer día»* significa el *«día decisivo, el día de la salvación.»* Después de días de sufrimiento y tribulación, el *«tercer día»* trae la salvación. Dios salva y libera *«al tercer día:»* él tiene la última palabra. Así dice Oseas: *«Venid, volvamos a Yahvé, él ha desgarrado, pero él nos curará; él ha herido, pero él vendará nuestras heridas. Dentro de dos días nos devolverá la vida, al tercer día nos levantará y viviremos en su presencia»* (Oseas 6,1-2).

Algunos comentarios rabínicos interpretaban este *«tercer día»*, anunciado por Oseas, como *«el día de la resurrección de los muertos», «el día de las consolaciones en el que Dios hará revivir a los muertos y nos resucitará»* Se trata de escritos de carácter midráshico, como el Midrás Rabbá o los tárgumes o comentarios del texto de Oseas.

Estar vivo con Dios

Al morir Jesús comienza una nueva vida, y esta convicción de fe la expresan en las comunidades lucanas de Grecia de manera muy sencilla y clara. Jesús es *«el que está vivo,» «el viviente.»* Así se les dice en su evangelio a las mujeres que van al sepulcro: *«¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?»* (Luc 24,5). Se puede ver también Lucas 24,23 y Hechos 1,3; 25,19. Este mismo lenguaje se usa en el Apocalipsis. *«Soy yo, el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre y tengo en mi poder las llaves de la muerte y del abismo.»* (Apoc 1,17-18 y 2,8). Este libro fue compuesto hacia el año 95, a finales del reinado de Domiciano, en Asia Menor.

¿En qué consiste la resurrección de Jesús?

Confesar que Cristo resucitó es aceptar de corazón como milagro del amor de Dios dos hechos:

1º Que Jesús, el que pasó demostrando el amor de Dios en actos sencillos y espectaculares de compasión a todos y sobre todo a los más necesitados, el nacido de una mujer y el que murió crucificado, pasó de esta vida al mundo divino, invisible y eterno, como Hijo querido de Dios.

2º Que los discípulos, adheridos a él por el amor, en comunión de hermanos, ejerciendo la compasión, participan eternamente con él de la gloria; pero desde ahora gozan del Padre, en la fe, llevando una vida nueva de fraternidad por puro don del Espíritu del Padre y Madre Dios. y bajo la dirección del Señor Jesús el Mesías.

Todos los discípulos están convencidos de este hecho. Saben muy bien que el hombre es mortal por definición, mientras Dios es inmortal y eterno. En el Antiguo Testamento se vislumbra la vida con Dios más allá de la tumba, pero esta realidad de la resurrección de los muertos cristianos solo se reconoce en Jesús, por la fe en el amor del Padre que lo resucitó y nos resucita a nosotros. Si Cristo no ha resucitado nuestra fe es un cuento o mito de anhelos humanos. Pero si los muertos cristianos no resucitan, entonces Cristo tampoco ha resucitado como salvador para nosotros.

La resurrección de Jesús no es un retorno a su vida anterior en la tierra. Jesús no vuelve a esta vida visible, como Lázaro, sino que entra para siempre en la «Vida» de Dios, de la luz. «Su vivir, en cambio, es un vivir para Dios» (Rom 6,9)

Como él revela el amor del Padre, convocando discípulos y expresando el amor a los necesitados, así quiere que nosotros revelemos al Padre hoy, transformando la historia en alegría.

SEGUNDA PARTE

LA FE DE JESÚS HISTÓRICO

**Y SUS APÓSTOLES
CON LAS CINCO FIDELIDADES.
CINCO DOMINGOS
CON LAS CINCO FIDELIDADES.**

**La fe cristiana,
explicada, en la cristiandad, hasta el Concilio
Vaticano II^o,
con fidelidad absoluta a Dios y la divinidad de
Jesús
en la beatísima Trinidad;**

**Y comprendida
a partir del Concilio
con cinco fidelidades
en nuestra historia y cultura,
a fin de volver la fe de Jesús histórico y sus
apóstoles,
para transformarla y contrír una historia de
felicidad.**